

INFORME SOBRE LA MARCHA

por Guillem Carbonell

Me llamo Franco Puliano, natural de Nueva Antioquía. Llevamos meses en Luna visitando hospitales para que nos compren material fitosanitario; somos comerciwaw

-Y dice usted que no sabía nada-, me espeta el inspector, un judío policromático procedente de las colonias en Oort.

-Nada, ni bueno ni malo. Simplemente no sabía nada de todo esto. ¿Cómo lo voy a saber?

El hombre me mira mal, gira la cabeza y se marcha para interrogar al bedel; es un tipo interesante porque tuvo la osadía de entrar mientras yo observaba desde la habitación contigua. Entre dientes escucha un subordinado algo, y el subordinado viene y me dice que me puedo ir a dormir porque no hay nada contra mí; qué estupidez más topográfica.

Así que paso la noche en homenaje a Javier, bebiéndome el minibar. Había tenido que llamar a su familia para darles la noticia, porque así lo dicta la ley aquí. Los hijos seculares de los quienes se asentaron acabaron por concluir que era yo el que tenía que dar la mala noticia por orden del inspector.

Lo peor de todo es que Javier y yo acabábamos de coincidir en el negocio; es una persona que ha estado poco en tu vida, que nace y que muere de repente como un bebé mal parido.

Me siento como sangrando dentro, como si me hubieran dado y robado el corazón de repente.

La angustia se va calmando conforme el alcohol me excita. Dejo de ver tan bien pero no me va tan mal. Con los botellines he acabado el día y para esto él necesitó una granada.

Leo artículos sobre terraformación y sin esperarlo escucho un grito doliente. Es una mujer en algún lado. Me pongo a pensar sobre las miserias y los problemas que todos tenemos y, visto mi sufrimiento, el de ella pudiere ser comparable. Sin quererlo, tengo una compañera.

Y grita otra vez, lo que me agita un poco. De un grito a otro ha existido el sufrimiento en alguno de sus modos, y con la duplicación de los puntos sonoros se traza una línea recta emocional.

Alguien camina por el pasillo riéndose con su pareja. Hablan como technopunks malcriados que ignoran lo que aquí ha pasado. Hablan como si hubiese pasado el tiempo. En definitiva, hablan y hablan y siguen hablando de celebridades y expresiones idiotas populares.

Justo se marchan cuando la vuelvo a oír gritar, y me da que me estoy tomando por loco o que estoy trillado y ya está, eso es lo que me da. Así que me espanto un poco y voy a mojarme la cara.

Pero ella grita de nuevo, como si no hubiese mañana. Cuando me quiero dar cuenta de lo que estoy sintiendo ya me estoy poniendo la chaqueta. Soy un súper héroe, Súper Insignificante.

He dejado todos los botellines en la habitación y he salido a la calle, donde otros me pueden ver languideciendo. Pero tengo que tener cuidado, porque en este lugar existe el toque de queda.

Así que me agacho y voy caminando con cuidado tras los coches, mirando que nadie

me vea. Un par de centinelas casi me encuentran, y no me encarcelarían pero tendría que pagar mucho dinero. Esto es muy emocionante.

La escucho gritar otra vez y enfilo un callejón, y pasa otra vez y corro una avenida vacía. Y grita otra vez y me encuentro frente al órgano gobernador local, y otra y casi estoy en la comisaría, y cuando va por la siguiente he llegado al puerto.

Aquí el monopolio nacional controla el tráfico de hidrocarburos y las grúas llenan las balsas que transportarán el bien. El ejército guarece a esta frontera, con vehículos magnetolevitados por todo el horizonte. No sé si ya me habrán visto cuando camino hacia la valla. En un principio creo que no voy a poder saltarla y me doy cuenta de que no puedo.

Miro alrededor y descubro un contenedor de aparatos electrónicos. Debe de ser el doble de alto que yo, y con un poco de esfuerzo me deja saltar a la otra parte. Al cruzar el bloqueo me encontraré con césped y eso me tranquiliza.

Empiezo a escalarlo, y advierto tarde de que el guarda me está mirando y mientras llama a los suyos. Me tiemblan primero las manos y luego las piernas. Y, de pronto, escucho ese llanto otra vez. Es ella, la grúa, que chirría por la oxidación debida al exceso de oxígeno en este mundo falso y marchito, erigido a tenor de nuestras veleidades. Estoy ya muy cerca y duele como agujas en los tímpanos.

Me fallan las garras de humano y me escurro al apretarme sobre mí. Caigo de espaldas, desde una altura considerable. Pienso en mi madre y en mis hermanas.

Desde el vacío me pasa por la cabeza la cara del guardia con cascos hipoacúsicos. Él no escucha la grúa porque el utensilio filtra tamaño vocear.

Me caigo y ya no recuerdo nada más. Ahora vivo en una camilla, Inspector, y puedo decirle que una falsa mujer casi me mata.